

843
B.
PQ 2165
EE 43
S.6



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Los ferro-carriles, en un porvenir hoy poco lejano, deben hacer desaparecer ciertas industrias, modificar algunas otras, y sobre todo las concernientes á los diferentes modos de transportes al uso para las cercanías de Paris. De manera que muy en breve las personas y las cosas que constituyen los elementos de esta escena, le darán el mérito de un trabajo arqueológico. ¿No agrada á nuestros nietos conocer el material social de una época que ellos llamarán antigua? Así los pintorescos *coucous* (1) estacionados en la plaza de la Concordia, obstruyendo el Cours-la-Reine, los *coucous* tan florecientes durante un siglo, tan numerosos aún en 1830, no existen ya; y en la más deliciosa solemnidad campestre, apenas si se apercibe uno de ellos sobre el camino en 1842. En 1820, los lugares célebres por sus sitios, y llamados *Cercanías de Paris*, no poseían todos un servicio regular de mensagerías. A pesar de ello, los Touchard

(1) *Coucous*, esto es, *cuculillos*, así se llamaban ciertos vehiculos en aquella época.

padre é hijo habian conquistado el monopolio del transporte para las ciudades más populosas, en un radio de quince leguas; y su empresa constituia un magnífico establecimiento situado en el Faubourg-Saint-Denis. A pesar de su antigüedad, á pesar de sus esfuerzos, de sus capitales y de todas las ventajas de una poderosa centralizacion, las mensagerías hallaban en los *coucoux* del arrabal Saint-Denis, concurrentes para los puntos situados á siete ú ocho leguas á la redonda. La pasion del parisiense por el campo es tal, que empresas locales competian tambien con ventaja contra las Pequeñas-Mensagerías, nombre dado á la empresa de los Touchard, por oposicion al de las Grandes-Mensagerías de la calle de Montmartre. En aquella época, además, el éxito de los Touchard sirvió de estímulo á los especuladores. Para las más insignificantes localidades de las cercanías de París, creábanse entonces empresas de carruajes bellos, rápidos y cómodos, partiendo y regresando á París á horas fijas, las cuales, en todos los puntos, y en un radio de diez leguas, produjeron una competencia encarnizada. Construido para viajes de cuatro á seis leguas, el *coucou* fué construido de nuevo para las pequeñas distancias y vivió aún durante algunos años. Al fin sucumbió, desde el momento en que los ómnibus hubieron demostrado la posibilidad de colocar diez y ocho personas en un carruaje tirado por dos caballos. Hoy dia el *coucou*, si por casualidad existe en el almacén de un leñador de carruajes uno de esos pájaros de tan pesado vuelo, sería, por su estructura y por sus disposiciones, objeto de sabias averiguaciones, comparables á las de Cuvier acerca de

los animales descubiertos en las yeseras de Montmartre. Las pequeñas empresas, amenazadas por los especuladores que en 1822 lucharon contra los Touchard padre é hijo, tenían ordinariamente un punto de apoyo en las simpatías de los habitantes del lugar á que servian. De suerte que el empresario, á la vez conductor y propietario del carruaje, era un posadero del pais, cuyos séres, cosas é intereses le eran familiares. Desempeñaba con inteligencia los encargos; exigía ménos por sus servicios, y por ello obtenia más que las mensagerías Touchard. Sabia eludir la necesidad de una guía para géneros. En un caso necesario, infringia las ordenanzas acerca de los viajeros que debia conducir. Así, cuando se establecía una competencia, si el viejo ordinario del pais partia con ella los dias de la semana, algunas personas retardaban su viaje para efectuarlo en compañía del antiguo cochero, por más que su material y sus caballos se hallasen en un estado poco tranquilizador.

Una de las líneas que los Touchard padre é hijo intentaron monopolizar, que les fué mas disputada, y que se disputa todavia á sus sucesores los Toulouse, es la de París á Beaumont-sur-Oise, línea pasmosamente productiva, porque tres empresas competidoras la explotaban en 1822. En vano las Pequeñas-Mensagerías redujeron los precios, en vano multiplicaron las horas de partida, en vano construyeron carruajes excelentes; la competencia continuó; tan productiva es una línea en la cual se hallan situadas pequeñas ciudades como Saint-Denis y Saint-Brice, aldeas como Pierrefitte, Groslay, Ecouen, Ponceles, Moisselles, Baillet, Monsoult, Maffliers, Francouville,

Presles, Nointel, Nerville, etc. Las mensagerías Touchard concluyeron por extender el viaje de París á Chambly. La competencia llegó hasta Chambly. Hoy día los Toulouse van hasta Beauvais. En esta ruta, que es la de Inglaterra, existe un camino que conduce á un lugar llamado con bastante propiedad *la Cueva*, si se considera su topografía, y que conduce á uno de los más deliciosos valles de la fuente de l'Oise, en la pequeña ciudad de l'Isle-Adam, doblemente célebre, ya como cuna de la extinguida casa de l'Isle-Adam, ya como antigua residencia de los Borbon-Conti. L'Isle-Adam es una encantadora y pequeña ciudad, situada entre dos grandes aldeas, la de Nogent y la de Parmain, notables ambas por magníficas canteras que han producido los materiales de los más hermosos edificios del París moderno, y del extranjero, porque la base y los adornos de las columnas del teatro de Bruselas son de piedra de Nogent. Aunque notable por admirables sitios, por célebres palacios de recreo, que construyeron príncipes, frailes ó famosos dibujantes, como Cassan, Stors, le Val, Nointel, Persan, etc., en 1822 este país veíase libre de la competencia y se hallaba servido por dos carruajes que de comun acuerdo le explotaban. Esta escepcion fundábase en razones fáciles de comprender. Desde la Cueva, punto donde empieza, en la vía de Inglaterra, el camino empedrado debido á la magnificencia de los príncipes de Conti, hasta l'Isle-Adam, la distancia es de dos leguas; y ninguna empresa podía dar una vuelta considerable, tanto más cuanto l'Isle-Adam formaba entonces un callejón sin salida. El camino terminaba allí. Algunos años después, un camino real ha

enlazado el valle de Montmorency con el valle de l'Isle-Adam. De Saint-Denis pasa por Saint-Leu-Taverny, Méru, l'Isle-Adam, y va hasta Beaumont, á lo largo de l'Oise. Pero en 1822, el único camino que conducía á l'Isle Adam era el de los príncipes de Conti. Pierrotin y su colega reinaban, pues, de París á l'Isle-Adam, queridos del país entero. El *carruaje de Pierrotin* y el de su camarada servían á Stors, le Val, Parmain; Champagne, Mours, Prérailles, Nogent, Nerville y Maffliers. Pierrotin era tan conocido, que los habitantes de Monsault, de Moisselles y de Saint-Brice, aunque situados en la gran vía, se servían de su carruaje, en donde con frecuencia existía mayor probabilidad de hallar un asiento, que en las diligencias de Beaumont, siempre llenas. Pierrotin hacía buenas migas con su competidor. Cuando Pierrotin partía de l'Isle-Adam, su camarada regresaba de París, y *vice-versa*. Inútil es hablar del competidor; Pierrotin tenía las simpatías del país. Es además el único de los dos ordinarios que figura en esta verídica historia. Por tanto, básteos saber que los dos cocheros vivían en buena inteligencia, haciéndose una guerra leal, y disputándose los habitantes por medios honrosos. Por razón de economía, poseían en París el mismo patio, el mismo hotel, la misma cuadra, el mismo cobertizo, el mismo despacho, el mismo empleado. Este detalle dice claramente que Pierrotin y su adversario eran, según la expresión popular, hombres de *buena pasta*.

Este hotel, situado precisamente en la esquina de la calle d'Enghien, existe aún, y se llama el *Leon de Plata*. El propietario de este establecimiento, des-

tinado desde tiempo inmemorial á alojar ordinarios, explotaba él mismo una empresa de carruajes para Dammartin, tan sólidamente establecida, que los Touchard, sus vecinos, cuyas Pequeñas-Mensagerias se hallan enfrente, no pensaban lanzar carruajes hácia aquella línea. Aunque las salidas para l'Isle-Adam debiesen verificarse á horas fijas, Pierrotin y su colega practicaban acerca de este particular una indulgencia que les grangeaba el afecto de las personas del pais, y les valia fuertes amonestaciones de parte de los extranjeros, acostumbrados á la regularidad de los grandes establecimientos públicos; pero los dos conductores de este carruaje, mitad diligencia, mitad *coucou*, hallaban siempre defensores entre sus parroquianos. Por la tarde, la partida de las cuatro se retardaba hasta las cuatro y media; y la de la mañana, aunque indicada para las ocho, jamás tenia efecto antes de las nueve. Además, este sistema era excesivamente elástico. En verano, tiempo de oro para los ordinarios, la ley de las partidas, rigurosa para los desconocidos, no se infringia sinó para la gente del pais. Este método ofrecia á Pierrotin la posibilidad de embolsar el precio de dos asientos en vez de uno, cuando un habitante del pais venia temprano á pedir un asiento perteneciente á un *ave de paso*, que desgraciadamente se habia retardado. Ciertamente esta elasticidad no hallaria disculpa á los ojos de los puristas en materia de moral; pero Pierrotin y su colega la justificaban por medio de la *crudeza de los tiempos*, por sus pérdidas durante la estacion de invierno, por la necesidad de poseer en breve mejores carruajes, y en fin, por la exacta observancia de la

ley escrita en boletines cuyos ejemplares, escesivamente raros, no se daban más que á los pasajeros bastante obstinados para exigirlos.

Pierrotin, hombre de cuarenta años, era ya padre de familia. Procedente de la caballeria, cuando el licenciamiento de 1815, este guapo mozo habia sucedido á su padre, el cual conducia de l'Isle-Adam á Paris un *coucou* de marcha bastante caprichosa. Despues de contraer matrimonio con la hija de un modesto posadero, extendió el servicio de l'Isle-Adam, lo regularizó, se hizo notar por su inteligencia y por una exactitud militar. Listo, decidido, Pierrotin, (este nombre debia de ser un apodo), (1) imprimia, por la movilidad de su fisonomia, á su semblante coloradote y avezado á las intemperies, una expresion picaresca parecida á un aire espiritual. Por otra parte, no carecia de esa palabra fácil que se adquiere á fuerza de ver gente y visitar varios paises. Su voz habia contraido cierta rudeza por la costumbre de dirigirse á los caballos y gritar ¡cuidado! pero tomaba un tono dulce con la gente acomodada. Su traje, como el de los ordinarios de segundo orden, consistia en buenas y grandes botas, pesadas á fuerza de clavos, fabricadas en l'Isle-Adam, y un pantalon de grueso terciopelo color verde botella, y una chupa de un género parecido al anterior, pero por encima de la cual, durante el ejercicio de sus funciones, llevaba una blusa azul, adornada de bordados multicolores, en el cuello, en las espaldas y en los puños. Cubria su cabeza una gorra con visera. El estado mi-

(1) *Pierrotin*, diminutivo de *Pierrot*, que en sentido vulgar significa *gorrion*. (N del T).

litar había conservado en las costumbres de Pierrotin un gran respeto hácia las superioridades sociales, y el hábito de la obediencia á las gentes de alta clase; pero si de buen grado se familiarizaba con los humildes burgueses, respetaba siempre á las mujeres, cualquiera que fuese la clase social á que perteneciesen. Con todo, á fuerza de *tirar de la gente*, para valernos de una expresion suya, había concluido por mirar á sus viajeros como paquetes ambulantes, y que desde entonces exigian menos cuidados que los demás, objeto esencial de la mensageria.

Advertido por el movimiento general que desde la paz sublevaba su oficio, Pierrotin no queria sucumbir al progreso de las luces. Así, desde la bella estacion primaveral, todo se le volvía hablar de cierto carruaje grande encargado á Farry, Breilmann y C.^{ta}, los mejores constructores de diligencias, y que la creciente afluencia de viajeros hacia necesario. El material de Pierrotin consistia entonces en dos carruajes. Uno, que prestaba servicio en invierno, y el único que exhibia á los agentes del fisco, le había heredado de su padre, y tenia algo de *coucou*. Los costados redondeados de este carruaje permitian colocar en ellos seis viajeros sobre dos banquetas de una dureza metálica, aunque forradas de terciopelo de Utrecht amarillo. Estas dos banquetas se hallaban separadas por una barra de madera que se quitaba y volvía á colocarse á voluntad en dos encajes practicados en cada pared interior, á la altura de la espalda del paciente. Esta barra pérfidamente forrada de terciopelo y á la que Pierrotin llamaba un respaldo, hacia la desesperacion de los viajeros por la dificultad de levantarla y

volverla á colocar. Si este respaldo incomodaba al manejarlo, de mayor incomodidad aún servia á las espaldas cuando se hallaba en su sitio; pero cuando se le dejaba atravesado en el carruaje, hácia la entrada y la salida igualmente peligrosas, para las mujeres sobre todo. Aunque cada banqueta de este cabriolé, de costado encorvado como el de una mujer en cinta, nó debiera contener más que tres viajeros, con frecuencia veíanse en ella ocho, apretados como arengues en un tonel. Pierrotin pretendia que los viajeros se hallaban así mucho mejor, porque formaban entonces una masa compacta, inquebrantable; mientras que tres viajeros chocaban perpétuamente unos contra otros, y con frecuencia corrian el peligro de aplastar sus sombreros contra el techo de su cabriolé, á causa de los violentos vaivenes del camino. En la delantera de este carruaje, existia un banco de madera, el asiento de Pierrotin, y en el cual podian colocarse tres viajeros, quienes, colocados allí, toman, como es sabido, el nombre de *conejos*. Durante ciertos viajes, Pierrotin colocaba en él cuatro conejos, y se sentaba entonces de lado sobre una especie de caja practicada en los bajos del cabriolé, para servir de punto de apoyo á los pies de sus conejos, y siempre llena de paja ó de paquetes que nada temian. La caja de este *coucou*, pintada de amarillo, se hallaba embellecida en su parte superior por una faja de un azul de peluquero, en la cual se leía en letras plateadas por los lados: *l'Isle-Adam — Paris*, y detrás: *Servicio de l'Isle-Adam*. Nuestros nietos estarian en un error, si pudieran creer que este carruaje no podia contener más de trece personas incluso Pierrotin; en las gran-

des ocasiones admitía á veces otras tres en un departamento cuadrado, cubierto con una lona, en donde se apilaban las maletas, las cajas y los paquetes; pero el prudente Pierrotin no dejaba subir á él mas que á sus parroquianos, y tan solo á tres ó cuatrocientos pasos de la barrera. Estos habitantes del *gallinero*, nombre dado por los conductores á esta seccion del carruaje, debian bajar á las puertas de cada aldea del camino en que se encontraba un puesto de gendarmes. La sobrecarga prohibida por las ordenanzas *concerniente á la seguridad de los viajeros*, era entonces demasiado flagrante para que el gendarme, esencialmente amigo de Pierrotin, pudiera dispensarse de entablar proceso verbal por esta contravencion. Así el cabriolé de Pierrotin arrastraba, durante ciertos sábados por la tarde ó lunes por la mañana, quince viajeros; pero entonces, para tirar de él, daba á su grueso caballo, ya viejo, llamado Rougeot, un compañero en la persona de un caballo gordo como un *ponev*, acerca del cual se deshacia en alabanzas. Este animalito era una yegua llamada Bichette, comia poco, tenia genio, era infatigable, valia lo menos tanto oro como pesaba.—«Mi mujer no la cambiaria por ese enorme vagabundo de Rougeot!» exclamaba Pierrotin.

La diferencia entre este y el otro carruaje consistia en que este tenia cuatro ruedas. Este carruaje, de construccion extravagante, llamado *el carruaje de cuatro ruedas*, admitia diez y siete viajeros, no debiendo contener sino catorce. Metia un ruido tan considerable, que con frecuencia se decia en l'Isle-Adam:—Ahí viene Pierrotin! cuando salia de la selva que

se extiende por el ribazo del valle. Se hallaba dividido en dos lóbulos, de los cuales el primero, llamado *el interior*, contenia seis viajeros en dos banquetas, y el segundo, especie de cabriolé reducido á la delantera, se llamaba un *cupé*. Cerraban este *cupé* unos cristales incómodos y raros cuya descripcion seria harto difusa para que podamos ocuparnos de ella. El carruaje de cuatro ruedas tenia en su remate un imperial con capota, debajo de la cual Pierrotin introducía seis viajeros, y se cerraba por medio de unas cortinas de cuero. Pierrotin se sentaba en un pescante casi invisible, debajo de las vidrieras del *cupé*.

El ordinario de l'Isle-Adam no pagaba las contribuciones á que se hallan sometidos los carruajes públicos, más que sobre su *coucou*, presentado para contener seis viajeros, y solicitaba un permiso cada vez que exhibia su carruaje de cuatro ruedas. Esto puede hoy parecer extraordinario, pero en sus principios, el impuesto sobre los carruajes, establecido con una especie de timidez, permitió á los mensajeros estos leves engaños que les dejaban bastante satisfechos de poder *pegársela* á los empleados, segun una frase de su vocabulario. Insensiblemente, el fisco hambriento fué haciéndose severo, obligó á los carruajes á no rodar sin el timbre duplicado que ahora anuncia su medicion, y que han sido satisfechas sus contribuciones. Todo, hasta el fisco, tiene su época inocente; pero á fines de 1822, esta época duraba todavía. En verano, con frecuencia el carruaje de cuatro ruedas y el cabriolé rodaban acordes sobre la via, conduciendo treinta y dos viajeros, y Pierrotin no pagaba de tasa más que para seis. En aquellos dias

afortunados, el convoy que salía á las cuatro y media del arrabal Saint-Denis, llegaba guapamente á las diez de la noche á l'Isle-Adam. De suerte que, orgulloso de su servicio, que necesitaba un alquiler de caballos extraordinario, Pierrotin decía:—«Hemos andado lindamente!» Para poder hacer nueve leguas en cinco horas, con tales arreos, suprimía entonces las estaciones que hacen los cocheros de aquella vía, en Saint-Brice, en Moisselle, y en la Cueva. El hotel del Leon de Plata ocupa un terreno de gran profundidad. Si su fachada no tiene más que tres ó cuatro ventanas sobre el arrabal Saint-Denis, sufría entonces en su largo patio, á cuyo extremo se hallan situadas las cuadras, toda una casa pegada á la pared de una propiedad medianera. La entrada formaba una especie de pasadizo sobre cuyo pavimento podían estacionarse dos ó tres carruajes. En 1822, la oficina de todas las mensajerías alojadas en el Leon de Plata corría á cargo de la posadera que llevaba tantos libros como servicios; ella recibía el dinero, apuntaba los nombres, y con aire bondadoso colocaba los bultos en la inmensa cocina de su pesada. Los viajeros se contentaban con este abandono patriarcal. Si llegaban demasiado temprano, sentábanse bajo la campana de la vasta chimenea, ó se estacionaban debajo del pórtico, ó se trasladaban al café de l'Echiquier, que forma la esquina de una calle así llamada, y paralela á la d'Enghien, de la que no se halla separada sino por algunas casas.

En los primeros días del otoño de este año, durante la mañana de un sábado, Pierrotin se hallaba, con las manos metidas por los agujeros de su blusa en los

bolsillos, bajo la puerta cochera del Leon de Plata, desde donde se veían en hilera la cocina de la posada, y más allá el largo patio, al extremo del cual se destacaban las cuadras sobre un fondo negro. La diligencia de Damartin acababa de salir, y se lanzaba pesadamente en pos de las diligencias Touchard. Habían dado ya las ocho de la mañana. Debajo del enorme pórtico, encima del cual se lee en una ancha tabla *Hotel del Leon de Plata*, los caballerizos y los factores de las mensajerías miraban á los carruajes efectuando ese *escape* que tanto engaña á los viajeros, haciéndoles creer que los caballos correrán siempre de igual modo.

—¿Hay que enganchar, ciudadano?—dijo á Pierrotin su mozo de cuadra, cuando nada quedó que ver.

—Ya son las ocho y cuarto, y aún no veo á mis viajeros,—respondió Pierrotin. ¿En donde se esconden pues? Engancha de todos modos. Y eso que no hay bultos. ¡Dios trino y uno! *El* no sabrá donde colocar sus viajeros esta tarde, pues el tiempo está bueno, y yo no tengo apuntados más que cuatro! ¡Bonito *espectáculo* para un sábado! Siempre os sucede lo mismo cuando necesitáis dinero! ¡Qué oficio de perros! qué perro de oficio!

—¿Y si tuviérais viajeros, dónde los meteríais pues, si no teneis más que vuestro cabriolé?—dijo el factor intentando calmar á Pierrotin.

—¿Y mi carruaje nuevo?—exclamó éste.

—¿Existe pues?—preguntó el grueso auvernés, mostrando al sonreír unos dientes blancos y anchos como almendras.

—Pues, ahí es nada! Rodará mañana domingo, y necesitaremos diez y ocho viajeros!

—Ah, cáspita! un hermoso carruaje, eso calentará el camino, dijo el auvernés.

—Un carruaje como el de Beaumont, qué! todo flamante! Pintado de encarnado y oro, capaz de hacer reventar de despecho á los Touchard! Necesitaré tres caballos. He encontrado la pareja de Rougeot, y Bichette irá arrogantemente á la delantera. Ea, toma, engancha, —dijo Pierrotin que miraba hácia el lado de la puerta Saint-Denis, cargando su pipa hasta la boca, allá bajo distingo una señora y un jovencito, con bultos debajo del brazo; buscan el Leon de Plata, porque han hecho la vista gorda á los *coucous*. Toma! toma! me parece reconocer en la señora á una parroquiiana!

—Con frecuencia habeis llegado lleno, habiendo partido vacío,—dijo el factor.

—Pero sin bultos,—respondió Pierrotin,—qué suerte la mia!

Y Pierrotin se sentó en uno de los enormes guardacantones que protegían el pie de las paredes contra el choque de los ejes; pero se sentó con un aire inquieto y pensativo que no le era habitual. Esta conversacion, insignificante al parecer, habia removido crueles cuidados ocultos en el fondo del corazón de Pierrotin. ¿Y quién podia turbar el corazón de Pierrotin, sino un hermoso carruaje? Brillar en la carrera, luchar con los Touchard, dar mayor extension á su servicio, conducir viajeros que le felicitarian por las comodidades debidas al progreso del arte cocheril, en vez de verse obligado á oír perpétuos reproches

acerca de *sus zuecos*, tal era la laudable ambicion de Pierrotin. Ahora bien, el mensajero de l'Isle-Adam, llevado del deseo de vencer á su camarada, de obligarle quizás un día á dejar para él solo el servicio de l'Isle-Adam, habia superado sus fuerzas. Es verdad que habia encargado la construccion del carruaje á la casa Farry, Breilmann y C.^a los constructores de coches que acababan de sustituir los muelles cuadrados de los ingleses por los cuellos de cisne y otras viejas invenciones francesas; pero estos desconfiados y empedernidos fabricantes no querian entregar esta diligencia sino á cambio de escudos. Poco satisfechos de construir un carruaje difícil de colocar, si se quedaban con él, estos prudentes negociantes no emprendieron su construccion sino mediante un desembolso de dos mil francos por parte de Pierrotin. Para satisfacer la justa exigencia de los constructores, el ambicioso ordinario habia agotado todos sus recursos y todo su crédito. Habia sangrado á su mujer, su suegro y sus amigos. Esta soberbia diligencia él habia estado á verla la vispera en poder de los pintores; no le faltaba más que rodar; pero para hacerla rodar al día siguiente, era necesario cancelar el pago. Ahora bien, le faltaban mil francos á Pierrotin! Empeñado por sus alquileres con el posadero, no se habia atrevido á pedirle prestada esta cantidad. Sin los mil francos se exponia á perder los dos mil anticipados, sin contar quinientos francos tomados sobre el nuevo Rougeot, y trescientos francos de arreos nuevos, para los cuales habia obtenido un plazo de tres meses. Y, arrastrado por la rabia de la desesperacion y por la locura del amor propio, acababa de afirmar que su

nuevo carruaje rodaria mañana domingo. Dando mil quinientos francos á cuenta de dos mil quinientos, esperaba que los constructores, enternécidos, le entregarían el carruaje; pero exclamó en alta voz despues de tres minutos de meditacion:

—No, son unos perros hechos y derechos! unos verdaderos extranguladores... Si me dirigiese á monsieur Moreau, el administrador de Presles, él, que es tan buen sujeto?—se dijo, herido de una nueva idea, —tal vez me tomaria un pagaré á seis meses fecha.

En este momento, un criado sin librea, cargado con una maleta de cuero, y procedente del establecimiento Touchard, en donde no habia hallado asiento para Chambly, á la una de la tarde, dijo al ordinario:

—¿Sois vos Pierrotin?

—¿Por qué?—dijo éste.

—Si podeis aguardar un cuarto de hora escaso, conducireis á mi señor; si no, me llevo su maleta y saldrá del apuro montando á caballo, aunque hace mucho tiempo ha perdido esta costumbre.

—Aguardaré dos, tres cuartos de hora y un poco más, buen mozo,—dijo Pierrotin, mirando al soslayo la maletita de cuero bien atada y con una cerradura de cobre con blason.

—Pues bien, sea,—dijo el criado, aligerando su espalda de la maleta que Pierrotin levantó, pesó, miró.

—Toma,—dijo el ordinario á su factor,—envuélvela en heno suaye, y colócala en el cofre de atrás. No trae nombre encima, añadió.

—Tiene las armas de monseñor,—respondió el criado.

—¿Monseñor? eso vale más que el oro! Venid pues á tomar una copita, dijo Pierrotin, guiñando el ojo y dirigiéndose al café de l'Echiquier, adonde condujo al criado.

—Mozo, dos copas de ajeno,—gritó al entrar..... ¿Quien es, pues, vuestro señor, y adónde va? Jamás os habia visto, preguntó Pierrotin al criado, bebiendo.

—Hay excelentes razones para eso,—prosiguió el criado ya de pie. Mi señor no va una vez al año á vuestra casa, y sin embargo, viaja siempre. Prefiere el valle d'Orge, donde posee el parque más hermoso de las cercanías de Paris, un verdadero Versailles, una posesion de familia, como que lleva su nombre. ¿No conoceis á M. Moreau?

—El administrador de Presles, dijo Pierrotin.

—Pues bien, el señor conde va á pasar dos dias en Presles.

—Ah! voy á conducir al conde de Sérisy!—exclamó el ordinario.

—Sí, amigo mio, eso es. Pero cuidado, existe una consigna. Si llevais gente del pais en vuestro carruaje, no nombreis al señor conde, quiere viajar *de incógnito*, y así me ha encargado que os lo diga, anunciándoos una buena propina.

—Ah! ese viaje recatado tendria acaso algo que ver con el asunto que el padre Léger, arrendatario de los Moulineaux, ha venido á concluir?

—Lo ignoro,—prosiguió el criado; pero el fuego arde. Anoche fuí á la cuadra á mandar disponer para las siete de la mañana el coche á la Daumont, para ir á Presles; pero á las siete, su señoría ha retirado la

orden. Agustín, el ayuda de cámara, atribuye este cambio á la visita de una señora que le ha parecido recién llegada del país.

—Habrán dicho al conde algo de M. Moreau! el más bello sujeto, el hombre más honrado, el rey de los hombres, no faltaba más! Hubiera podido hacerse con mucho más dinero del que posee, si hubiese querido, vaya!

—En ese caso ha hecho mal, —prosiguió el criado sentenciosamente.

—¿Conque M. de Sérisy al fin va á habitar á Presles, una vez que éste se ha amueblado y hecho reparaciones en el palacio?—preguntó Pierrotin, después de una pausa. ¿Es cierto que ya se han gastado en él doscientos mil francos?

—Si vos ó yo tuviéramos el gasto que excede á esta cantidad, seríamos burgueses. Si va allí la señora condesa, ah! cáspita, los Moreau dejarán de estar á sus anchas,—dijo el criado, con aire misterioso.

—Guapo sujeto, M. Moreau! —prosiguió Pierrotin, quien pensaba siempre pedir sus mil francos al administrador,—un hombre que proporciona trabajo, que no escatima demasiado el jornal, y que saca á la tierra toda su riqueza, y eso para su principal! Bello sujeto, digo! Viene con frecuencia á Paris, toma siempre asiento en mi carruaje, me da una buena propina, y os tiene siempre reservada una infinidad de encargos para Paris. Tres ó cuatro bultos por día, así para el señor como para la señora; en fin, una cuenta de cincuenta francos al mes, nada más que en comisiones. Si la señora *hace alguna de las suyas*, en cambio quiere mucho á sus hijos, yo soy quien va por

ellos al colegio y quien de nuevo los conduce á él. Me da cien sueldos cada vez, no haría más una gran señora. Oh! siempre que llevo á alguno de la familia ó alguno en relación con ella, conduzco los caballos hasta la verja del palacio..... Es un deber, verdad?

—Dícese que M. Moreau no tenía mil escudos disponibles, cuando el señor conde le nombró administrador de Presles,—dijo el criado.

—Pero desde 1806, en diez y siete años, ese hombre habrá economizado algo!—replicó Pierrotin.

—Es verdad,—dijo el criado, meneando la cabeza. Después de todo, los señores son muy ridículos, y en cuanto á Moreau, espero que habrá hecho su negocio.

—Muchas veces he ido á llevaros piezas de caza, y jamás he tenido el gusto de ver al señor, ni á la señora.

—El señor conde es un buen hombre,—dijo confidencialmente el criado; pero si para asegurar su *incógnito* reclama vuestra discreción, aquí debe haber pelotera; al menos así lo creemos en el hotel; sinó, á qué mandar que desengancharan la Daumont? ¿A qué viajar en un *coucou*? Un Par de Francia no puede pedir un cabriolé de plaza?

—Un cabriolé es muy capaz de exigirle cuarenta francos por ida y vuelta, porque observad que ese camino, si no le conoceis, parece construido para las ardillas. Oh! siempre subidas y bajadas,—dijo Pierrotin. Par de Francia ó burgués, todos *aman su dinero*! Si ese viaje concerniese á M. Moreau,.... Dios mio, me contrariaría que le ocurriera nada malo! Dios trino y uno! no habría medio de prevenirle? porque es un excelente sujeto, un cumplido caballero,

el rey de los hombres, no faltaba más!...

—Bah, el señor conde quiere mucho á M. Moreau!—dijo el criado. Pero, mirad, si quereis un buen consejo: no nos metamos en lo que no nos importa. Bastante tenemos que hacer con ocuparnos de nosotros mismos. Haced lo que os piden, con mayor razon cuanto que no conviene burlarse de su señoría. Además, para decirlo todo, el conde es generoso. Si le servís así,—dijo el criado, mostrando la uña de uno de sus dedos,—os paga así, prosiguió alargando el brazo.

Procediendo de un hombre tan encopetado como el segundo ayuda de cámara del conde de Sérisy, esta juiciosa reflexion y la imágen sobre todo, dieron por resultado entibiar el celo de Pierrotin hácia el administrador de la posesion de Presles.

—Ea, adios, señor Pierrotin,—dijo el criado.

Para comprender el pequeño drama que debia ocurrir en el carruaje de Pierrotin, hácese aquí necesaria una rápida ojeada sobre la vida del conde de Sérisy y la de su administrador. M. Hugret de Sérisy descende en línea recta del famoso presidente Hugret, ennoblecido bajo el reinado de Francisco I. Esta familia *ostenta oro y negro unidos por una orla, y dos rombos de uno á otro*, con: I, SEMPER MELIUS ERIS, divisa que, no menos que las dos devanaderas que sirven de soportes, prueba la modestia de las familias de la clase media, en el tiempo en que las órdenes mantenian su lugar en el Estado, y la sencillez de nuestras antiguas costumbres con el *calembour* de ERIS, el cual, combinado con la I del principio y la S final de MELIUS, representa el nombre (Sérisy) de la

tierra erigida en condado. El padre del conde era primer presidente de un parlamento antes de la revolucion. En cuanto á él, ya Consejero de Estado en 1787, á la edad de veinte y dos años, llamó la atencion por sus excelentes memorias sobre asuntos delicados. No emigró durante la Revolucion, la pasó en su tierra de Sérisy, de Arpajon, en donde le preservó de toda desgracia el respeto que profesaban á su padre. Despues de pasar algunos años prodigando sus cuidados al presidente de Sérisy, que falleció en 1794, fué electo por aquella época para ocupar un puesto en el consejo de los quinientos, y, para distraer su dolor, aceptó estas funciones legislativas. En el 18 brumario, M. de Sérisy, como todas las antiguas familias parlamentarias, fué objeto de las coqueterias del primer cónsul, quien le colocó en el Consejo de Estado y le dió, para reconstituirla, una de las administraciones más desorganizadas. El retoño de esta histórica familia fué uno de los rodajes más activos de la grande y magnífica organizacion debida á Napoleon. Así el consejero de Estado abandonó bien pronto su administracion por un ministerio. Creado conde y senador por el Emperador, tuvo sucesivamente el proconsulado de dos diferentes reinos. En 1806, á la edad de cuarenta años, el senador contrajo matrimonio con la hermana del ex-marqués de Ronquerolles, viuda y heredera á los veinte años, de Gaubert, uno de los más ilustres generales republicanos. Este matrimonio, ventajoso en punto á nobleza, dobló la ya considerable fortuna del conde de Sérisy, que llegó á ser cuñado del ex-marqués del Roble, nombrado conde y chambelan por el Emperador.

En 1814, fatigado por un trabajo constante, monsieur de Sérisy, cuya quebrantada salud necesitaba reponerse, resignó todos sus empleos, abandonó el gobierno á cuya cabeza el Emperador le habia colocado, y vino á Paris, en donde Napoleon, obligado por la evidencia, le hizo justicia. Este soberano infatigable, que no creía en la fatiga ajena, tomó al principio por una desercion la necesidad apremiante del conde de Sérisy. Por más que el senador no hubiera caido en desgracia, pasó por hallarse quejoso de Napoleon. Así, cuando la restauracion de los Borbones, Luis XVIII, en quien M. de Sérisy reconoció á su legitimo soberano, otorgó al senador, ya Par de Francia, una gran confianza, encargándole sus asuntos privados, y nombrándole ministro de Estado. En el 20 de Marzo, M. de Sérisy no fué á Gante, previno á Napoleon que permanecia fiel á los Borbones, no aceptó la dignidad de Par durante los Cien-Dias, y pasó este tan breve reinado en su tierra de Sérisy. Despues de la segunda caida del Emperador, naturalmente volvió á ser miembro del consejo privado, fué nombrado vice-presidente del Consejo de Estado, y liquidador, por cuenta de la Francia, en el reglamento de las indemnizaciones solicitadas por las potencias extranjeras. Sin ostencion personal, sin ambicion siquiera, poseia una grande influencia en los negocios públicos. En política nada importante se hacia sin consultarle; pero jamás iba á la córte, y se exhibia poco en sus propios salones. Esta noble existencia, desde un principio consagrada al trabajo, habia acabado por ser un trabajo continuo. El conde se levantaba á las cuatro de la mañana en todas las es-

taciones, trabajaba hasta mediodia, dedicábase al desempeño de sus funciones de Par de Francia ó de vice-presidente del Consejo de Estado, y á las nueve se acostaba. En premio de tantos trabajos, el rey le habia hecho caballero de sus órdenes. Hacia mucho tiempo que M. de Sérisy era gran cruz de la Legion de honor; pertenecia á la orden del Toison d'Or, á la de San Andrés de Rusia, á la del Aguila de Prusia, en una palabra, á casi todas las órdenes de las córtés europeas. Nadie era ménos visto, ni más útil que él, en el mundo político. Se comprende que los honores, las intrigas del favor, los éxitos mundanos, eran indiferentes á un hombre de este temple. Pero nadie, escepto los sacerdotes, llega á una vida semejante, sin graves motivos. Esta conducta enigmática tenia su explicacion, una explicacion cruel. Enamorado de su mujer antes de casarse con ella, esta pasion habia resistido en el conde á todas las desgracias íntimas de su matrimonio con una viuda, siempre dueña de sí misma, antes como despues de su segundo enlace, y que gozaba de mayor libertad, cuanto que M. de Sérisy la trataba con la indulgencia de una madre hácia una niña mimada. Su constante trabajo le servia de escudo contra pesares del corazon, sepultados en él con ese cuidado de que saben usar los hombres políticos para tales secretos. Comprendia, además, cuán ridículos hubieran sido sus celos á los ojos del mundo, que de ningun modo hubiese admitido una pasion conyugal en un viejo administrador. ¿Cómo pudo fascinarle su mujer desde los primeros dias de su matrimonio? ¿Cómo sufrió desde un principio sin vengarse? ¿Cómo dejó transcurrir el tiem-

po, burlado por la esperanza? ¿Por qué medios le había esclavizado una mujer jóven, linda y espiritual? ¿Contestar á todas estas preguntas exigiria una larga historia que perjudicaría al asunto de esta escena, y que, si no los hombres, las mujeres al menos sabrán adivinar. Observemos, no obstante, que los inmensos trabajos y los pesares del conde habian contribuido desgraciadamente á privarle de las ventajas necesarias á un hombre para luchar contra peligrosas comparaciones. Así el más horrible de los infortunios secretos del conde, era haber aprobado la repugnancia de su mujer hácia una enfermedad sólo debida á sus trabajos escesivos. Bueno, y aún excelente para con la condesa, la dejaba señora de su casa; ella recibia á todo Paris, iba y venia del campo, ni más ni ménos que si hubiera sido viuda; él velaba por la fortuna de ella y proveía á su lujo como lo hubiera verificado un administrador. La condesa profesaba á su marido la mayor estimacion, gustaba hasta de la gracia de su ingenio; sabia con su aprobacion hacerle venturoso; de suerte que manejaba á su antojo á este pobre hombre, con sólo darle una hora de conversacion. Como los grandes señores de otro tiempo, el conde protegia de tal modo á su mujer, que dejar de considerar á ésta hubiera sido para él una injuria imperdonable. El mundo admiraba en grán manera este carácter, y Mme. de Sérisy era deudora de muchas cosas á su marido. Cualquiera otra mujer, aún cuando hubiese pertenecido á una familia tan distinguida como la de Ronquerolles, hubiera podido considerarse perdida para siempre. La condesa era muy ingrata, pero ingrata con gracia. De vez en cuando vertia bál-

samo sobre las heridas del conde.

Explicemos ahora los motivos del repentino viaje y del incógnito del ministro. Un rico arrendatario de Beaumont-sur-Oise, llamado Léger, explotaba una heredad cuyas piezas se hallaban enclavadas todas ellas dentro de las tierras del conde, y que echaban á perder su magnífica propiedad de Presles. Esta heredad pertenecia á un propietario de Beaumont-sur-Oise, llamado Margueron. El arrendamiento otorgado á Léger en 1799, cuando no podian preverse los progresos agrícolas, se hallaba próximo á terminar, y el propietario rehusó las proposiciones de Léger para un nuevo arrendamiento. Hacia mucho tiempo que M. de Sérisy, deseandó desembarazarse de las incomodidades y litigios que causan los *enclaves*, habia concebido la esperanza de adquirir esta finca, sabiendo que toda la ambicion de M. Margueron consistia en hacer nombrar á su hijo único, entonces simple exactor, recaudador particular de Hacienda en Senlis. Moreau señalaba á su protector un peligroso adversario en la persona de Léger padre. El arrendatario, que sabia cuán cara podia vender al por menor esta finca al conde, era capaz de dar por ella dinero suficiente á superar la ventaja que la recaudacion particular ofreceria á Margueron hijo. Dos dias antes, el conde, deseoso de zanjar este asunto, habia llamado á su notario, Alejandro Crottat, y á Derville, su procurador, para examinar las circunstancias del negocio. Por mas que Derville y Crottat pusieran en duda el celo del administrador, de quien una carta alarmante habia provocado esta consulta, el conde defendió á Moreau, el cual, segun dijo, hacia diez y

siete años que fielmente le servía. — «Pues bien, — había contestado Derville, aconsejo á vucencia ir en persona á Presles, y convidar á comer á ese Margueron. Crottat enviará allí su primer escribiente con una escritura de venta en toda regla, dejando en blanco las páginas ó las líneas necesarias para la designacion del terreno ó de los títulos. Finalmente, para un caso necesario, provéase vucencia de una parte del importe, en un talon contra el Banco, y no olvide el nombramiento del hijo para la recaudacion de Senlis. Si no terminais al momento, la finea os escapará de las manos! Vos ignorais, señor conde, las picardias de los aldeanos. Entre un diplomático y un aldeano, sucumbe el diplomático.» Crottat apoyó esta opinion, que, á juzgar por la confianza del criado á Pierrotin, el Par de Francia había adoptado sin duda. El conde había enviado la víspera por la diligencia de Beaumont, una esuela á Moreau, para ordenarle que convidase á comer á Margueron, con objeto de concluir el asunto de los Moulineaux. Antes de este asunto, el conde había mandado restaurar las habitaciones de Presles, y duraba un año que M. Grindot, arquitecto de moda, hacia allí un viaje semanal. Así es, que al tiempo de concluir su adquisicion, M. de Sérisy queria examinar las obras y el efecto de los muebles. Contaba sorprender á su mujer al conducirle á Presles, y ponía su amor propio en la restauracion de este palacio. ¿Qué acontecimiento había sobrevenido para que el conde, que el dia antes se dirigía ostentosamente á Presles, quisiera ahora trasladarse allí de incógnito en el carruaje de Pierrotin?

Aquí se hacen indispensables algunas palabras

acerea de la vida del administrador. Moreau, el administrador de la tierra de Presles, era hijo de un procurador de provincia ascendido, cuando la Revolucion, á procurador-síndico de Versalles. En calidad de tal, Moreau padre había casi salvado los bienes y la vida de los señores de Sérisy padre é hijo. Este ciudadano Moreau pertenecía al partido de Danton. Robespierre, implacable en sus odios, le persiguió, acabó por descubrir su paradero y le hizo perecer en Versalles. Moreau hijo, heredero de las doctrinas y de las amistades de su padre, tomó parte en una de las conjuraciones contra el primer cónsul á su advenimiento al poder. Entonces M. de Sérisy, celoso de pagar su deuda de gratitud, hizo evadirse á tiempo á Moreau, que fué condenado á muerte; luego solicitó su indulto en 1804, lo obtuvo, le ofreció primero una plaza en sus oficinas, y definitivamente le nombró su secretario, dándole la direccion de sus asuntos privados. Algun tiempo despues del matrimonio de su protector, Moreau se prendó de una doncella de la condesa y se casó con ella. Para evitar los disgustos de la falsa posicion en que este enlace le colocaba, del que se encontraba en la córte imperial más de un ejemplo, solicitó la administracion de la tierra de Presles en donde su mujer podria darse aires de señora, y donde, en aquel pequeño pais, ni uno ni otro experimentarían el menor sufrimiento de amor propio. El conde necesitaba en Presles un hombre de confianza, porque su mujer preferia la habitacion de la tierra de Sérisy, que solo dista cinco leguas de Paris. Tres ó cuatro años despues, Moreau poseia la clave de sus asuntos, era inteligente; porque, antes de la

Revolucion, habia estudiado la trampa legal en el despacho de su padre. M. de Sérisy le dijo entonces: —No hareis fortuna, os habeis quemado las pestañas, pero sereis dichoso, porque yo tomo por mi cuenta vuestra suerte. En efecto, el conde señaló mil escudos de sueldo á Moreau, y la habitacion de un lindo pabellon al extremo de las habitaciones de los criados; le concedió, además, cierta cantidad de leña para su consumo en la tala de los bosques, avena, paja y heno para dos caballos, y derechos sobre los censos en especie. Un sub-prefecto no tiene tan buenos honorarios. Durante los ocho primeros años de su gestion, el administrador administró Presles concienzudamente; se interesó en ello. El conde, yendo á examinar la posesion, á decidir las compras ó aprobar los trabajos, admirado de la lealtad de Moreau, le demostró su satisfaccion con pródigas gratificaciones. Pero cuando Moreau se encontró padre de una niña, su tercer hijo, se habia establecido en Presles con tal comodidad, que ya no tomó en cuenta á M. de Sérisy ventajas tan exorbitantes. Así, hácia 1816, el administrador que hasta allí no habia hecho más que alojarse cómodamente en Presles, aceptó de buen grado de un traficante en leña una suma de veinticinco mil francos para hacerle firmar, con aumento por otra parte, un contrato de arrendamiento de explotacion de los bosques dependientes de la tierra de Presles, por doce años. Moreau reflexionó así: no disfrutaria de jubilacion, era padre de familia, el conde le debia perfectamente esta cantidad por diez años de administracion próximos á cumplirse; luego, ya legítimo poseedor de sesenta mil francos de economias, si añá-

dia á ellos esta cantidad podria adquirir una heredad de ciento veinte mil francos en el territorio de Champagne, situada en la parte alta de l'Isle-Adam, á la orilla derecha del Oise. Los acontecimientos políticos impidieron al conde y á las gentes del pais fijarse en esta imposicion, hecha á nombre de la señora Moreau, la cual pasó por haber heredado de una tía anciana, en su pais, en Saint-Lô. Desde que el administrador hubo gustado el fruto delicioso de la propiedad, su conducta continuó siempre al parecer la más honrada del mundo; empero, ya no desperdió una sola ocasion de aumentar su fortuna clandestina, y el interes de sus tres hijos le sirvió de emoliente para extinguir los ardores de su probidad; una justicia hay que hacerle, sin embargo, y es que, si aceptó alboroques, si cuidó de sí mismo en los mercados, si llevó sus derechos hasta el abuso, segun el texto del Código continuaba siendo un hombre honrado, y ninguna prueba hubiera sido capaz de apoyar una acusacion en contra suya. Segun la jurisprudencia de las cocineras que ménos sisan en Paris, compartia con el conde las utilidades debidas á su habilidad. Esta manera de completar su fortuna, era un caso de conciencia, hélo ahí todo. Activo, comprendiendo á las mil maravillas los intereses del conde, Moreau acechaba con tanto más cuidado las ocasiones de procurar al conde buenos negocios, cuanto que siempre ganaba en ellos un pródigo regalo. Presles producía setenta y dos mil francos de renta. Así la frase del pais, á diez leguas á la redonda, era la siguiente: — «M. de Sérisy tiene en Moreau otro yo». A fuer de hombre prudente, Moreau colocaba todos los años,

desde 1817, sus beneficios y sus honorarios en el Gran-Libro, redondeando su negocio en medio del secreto más profundo. Había rehusado negocios bajo pretesto de que no tenía dinero, y se hacía también el pobre al lado del conde, que había obtenido dos dotes pios enteros para sus hijos en el colegio de Enrique IV. Actualmente, Moreau poseía ciento veinte mil francos de capital invertidos en el tercio consolidado, llegado al cinco por ciento, y que ascendía desde entonces á ochenta francos. Estos ciento veinte mil francos ignorados y su heredad de Champagne, aumentada con algunas adquisiciones, le constituían una fortuna de unos doscientos ochenta mil francos, produciendo una renta de diez y seis mil.

Tal era la situación del administrador en el momento en que el conde quiso comprar la heredad de los Moulineaux, cuya posesión era indispensable á su tranquilidad. Esta heredad consistía en noventa y seis piezas de tierra cercado, limitando, siguiendo las tierras de Presles, y con frecuencia enclavadas como escaques en un tablero de damas, sin contar los cercados medianeros y unas zanjas divisorias que originaban las más fastidiosas discusiones á propósito de un árbol que debía cortarse, cuando la propiedad se hacía disputable. Cualquiera otro que un ministro de Estado hubiera entablado veinte litigios anuales respecto de los Moulineaux. El padre Léger no quería comprar la finca sinó para revendérsela al conde. Con objeto de asegurar mejor la ganancia de treinta ó cuarenta mil francos, blanco de sus deseos, hacía mucho tiempo que el arrendatario había intentado enténderselas con Moreau. Arrastrado por las cir-

cunstancias, tres días antes de este sábado crítico, en plena campiña, el padre Léger había demostrado claramente al administrador que podía hacer colocar al conde de Sérisy dinero al dos y medio por ciento neto sobre tierras de conveniencia, esto es, aparentar como de costumbre servir á su protector, hallando en ello un secreto beneficio de cuarenta mil francos que le ofreció.—«A fe mía, había dicho por la noche al acostarse el administrador á su mujer, si saco del asunto de los Moulineaux cincuenta mil francos, porque el conde no dejará de darme diez mil, nos retiraremos á l'Isle-Adam en el pabellon de Nogent.» Este pabellon es una encantadora propiedad, construida en otro tiempo por el príncipe de Conti para una dama, y en donde se habían prodigado toda suerte de comodidades.—Eso me agradaría,—le había respondido su mujer. El holandés que ha venido á fijar su residencia en él, lo ha restaurado muy bien, y nos lo cederá en treinta mil francos, pues se ve obligado á regresar á las Indias.—Nos hallaremos á dos pasos de Champagne, había proseguido Moreau. Confío adquirir en cien mil francos la finca y el molino de Mours. Así poseeríamos diez mil libras de renta en tierras, una de las más deliciosas habitaciones del valle, á dos pasos de nuestros bienes, y nos quedarían unas seis mil libras de renta sobre el Gran-Libro.—¿Pero por qué no pretender tú el empleo de juez municipal en l'Isle-Adam?.... Tendríamos allí influencia y mil quinientos francos más.—Oh! ya he pensado en ello.» En esta disposición, al saber que su principal quería venir á Presles y le decía que convidara á Margueron á comer el sábado, Moreau